

# Revista de la CEPAL

*Secretario Ejecutivo*  
Gert Rosenthal

*Secretario Ejecutivo Adjunto*  
Carlos Massad

*Director de la Revista*  
Anibal Pinto

*Secretario Técnico*  
Eugenio Lahera



NACIONES UNIDAS  
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE  
SANTIAGO DE CHILE, ABRIL DE 1990

**SUMARIO**

* Desarrollo, crisis y equidad. <i>Oscar Altimir.</i>	7
* Políticas macroeconómicas: en busca de una síntesis. <i>Daniel Schydrowsky.</i>	29
Una estrategia industrial y tecnológica para Brasil. <i>João Paulo dos Reis Velloso</i>	37
Las estructuras sociales y la democracia en los años noventa. <i>Marshall Wolfe.</i>	55
La creciente presencia de la mujer en el desarrollo. <i>Miriam Krawczyk.</i>	73
La participación desigual de la mujer en el mundo del trabajo. <i>Irma Arriagada.</i>	87
De la reforma agraria a las empresas asociativas. <i>Emiliano Ortega.</i>	105
* La industria de bienes de capital: situación y desafíos. <i>Jorge Beckel.</i>	123
Población y desarrollo en el Istmo Centroamericano. <i>Andras Uthoff.</i>	139
Desarrollo y cambio social en Suecia. <i>Villy Bergström.</i>	159
Orientaciones para los colaboradores de la <i>Revista de la CEPAL.</i>	168
Publicaciones recientes de la CEPAL.	169

## La participación desigual de la mujer en el mundo del trabajo

*Irma Arriagada\**

El interés en estudiar el comportamiento económico de las mujeres en la región data de época reciente. Este se entronca con los estudios del desarrollo. Una primera conclusión de los análisis del papel económico de los sexos fue la participación desigual de hombres y mujeres en el mercado de trabajo ya que, según los registros censales, la mayor parte de la población masculina adulta figura como población económicamente activa, en tanto que la mayoría de las mujeres aparecen como población inactiva, es decir, están registradas como amas de casa. Este hallazgo llevó a los investigadores a intentar determinar las causas del fenómeno y a explorar las distintas formas de asignación de los trabajos a hombres y mujeres en las esferas de la producción y reproducción, respectivamente. De una forma u otra, las sociedades latinoamericanas —al igual que las del resto del mundo— han centrado la actividad económica de la mujer en las funciones de reproducción social, reproducción de la fuerza de trabajo y reproducción biológica. Así, el papel que desempeña la mujer en estas esferas de la reproducción determina la forma y alcance de la participación femenina en las actividades productivas.

En este artículo se intenta reseñar el trabajo que realizan las mujeres latinoamericanas en el mercado de trabajo y en el ámbito doméstico puesto que se reconoce la complejidad de las interrelaciones entre ambas esferas, las cuales se han visto muy afectadas por las crisis.

\*Asistente de Investigación Senior de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

## I Mediciones del trabajo femenino

El concepto de fuerza de trabajo, definida ésta como la población disponible para trabajar, elaborado y adecuado para una sociedad capitalista en plena expansión (como era el caso de los Estados Unidos en los años cuarenta), fue trasplantado a poblaciones que no están totalmente integradas al mercado y donde coexisten diferentes modos de producción (Wainerman y Recchini, 1981). El hecho de establecer una diferencia entre la población de trabajadores y la población total connota la existencia de un sistema de producción donde el trabajo se diferencia de otras actividades destinadas a satisfacer las necesidades de la propia vida. Esta diferencia no es tan nítida en los modos de producción precapitalistas.

El concepto de fuerza de trabajo, tal como lo señala Reicher Madeira (1978), mide el “avance del capitalismo”, es decir, cuántos individuos se han incorporado a la comercialización y a la monetización de las relaciones sociales en que la fuerza de trabajo se transa como mercancía.

Además, como las esferas doméstica y social se valoran de forma diferente, los individuos ocupados en actividades remuneradas pasan a ser los únicos responsables de la producción social y, como contrapartida, los restantes quedan en calidad de dependientes de ellos. En este último grupo se incluye a la mayoría de las mujeres, sin que se reconozca, por tanto, el aporte económico del trabajo doméstico.

Por otra parte, la definición del concepto de población económicamente activa usada en los censos y encuestas presenta una serie de dificultades para la medición adecuada de la actividad femenina que dicen relación con los siguientes aspectos:

— La definición no registra como trabajo la actividad doméstica no remunerada realizada dentro de los hogares.

— La definición considera como trabajo aquellas actividades para el mercado que son continuas, remuneradas y de tiempo completo. Las mujeres, en general, y las mujeres rurales, en particular, suelen trabajar en actividades no remuneradas, estacionales y en empresas familiares (Wainerman y Recchini, 1981).

— La definición usada no mide adecuada-

mente el trabajo que produce bienes y servicios para el autoconsumo.

— En los censos y encuestas se procesan las variables individuales y no las del hogar. Ello dificulta la consideración de aspectos fundamentales de la disponibilidad de las mujeres para el trabajo, derivados de la etapa del ciclo familiar.

— Finalmente, subsisten problemas relativos a la forma de aplicar la definición de población

económicamente activa como, por ejemplo, la forma de efectuar las preguntas sobre la actividad, el período de referencia y el tiempo mínimo de trabajo.

Pese a sus limitaciones y deficiencias, los censos de población son los únicos instrumentos estadísticos que permiten medir en el tiempo las tendencias principales de la participación económica de la población.

## II

### Las mujeres en el mercado de trabajo

Una de las formas más habituales de medir la actividad económica de la población es mediante las tasas de participación, que relacionan la población en edad activa que tiene o busca empleo con aquella que no lo tiene ni lo busca. En los últimos decenios, las tasas de participación económica de la población han descendido y han tendido a igualarse en los distintos países de la región. En parte, esta igualdad se debe sin duda, a la mayor uniformidad de la medición de la actividad, pero el fuerte descenso obedece a dos procesos sociales. El primero, es la expansión de la educación, que retuvo a los más jóvenes en el sistema escolar, restándolos del mercado de trabajo, y el segundo, la ampliación de la cobertura de la seguridad social, que permitió retirarse y acogerse a jubilación a sectores más amplios de la población en edad avanzada.

Estas tendencias son válidas para el conjunto de la población activa; en cambio, si se examinan las tasas de participación por sexo se aprecia una evolución en dos direcciones. Entre 1960 y 1985 se produjo, por una parte, un descenso de las tasas de participación económica masculina en todos los países de la región y, por otra, un aumento de la participación femenina; ésta creció en 21 de los 25 países, se mantuvo en un país y descendió en otros tres (cuadro 1).

Como se indicó anteriormente, el comportamiento de las mujeres en el mercado de trabajo, a diferencia del de los hombres, está condicionado por la etapa del ciclo de vida en que ellas se encuentran, ya que en su participación suele influir el estado civil, el número de hijos, el lugar de

Cuadro 1  
PARTICIPACION EN LA ACTIVIDAD ECONOMICA  
POR SEXO, 1960 Y 1985  
(Tasas refinadas)<sup>a</sup>

País	Hombres		Mujeres	
	1960	1985	1960	1985
Argentina	78.3	67.1	21.4	24.7
Barbados	72.6	68.4	39.6	55.4
Bolivia	80.4	70.9	33.2	21.5
Brasil	77.9	71.8	16.8	26.6
Colombia	75.5	67.3	17.6	19.2
Costa Rica	79.3	73.5	15.0	20.6
Cuba	72.7	64.0	13.9	29.6
Chile	72.5	65.2	19.7	24.4
Ecuador	82.1	69.2	17.3	16.6
El Salvador	80.7	72.9	16.5	24.3
Guatemala	82.0	71.7	12.0	12.9
Guyana	73.9	71.8	16.7	23.6
Haití	84.0	72.9	72.1	52.2
Honduras	82.7	74.5	13.7	15.6
Jamaica	76.9	68.7	43.6	56.0
México	72.5	68.1	14.3	25.0
Nicaragua	80.5	70.8	17.3	21.3
Panamá	75.8	67.1	20.2	25.4
Paraguay	78.5	75.5	21.3	19.5
Perú	73.1	66.5	20.4	21.4
República Dominicana	75.9	70.7	9.3	11.3
Surinam	68.5	59.3	19.1	23.6
Trinidad y Tabago	71.2	69.5	25.8	26.8
Uruguay	74.3	67.6	24.1	28.2
Venezuela	77.1	68.4	17.2	25.3

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (1989); *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe* (LC/G. 1550-P), edición 1988, Santiago de Chile, Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: E/S.89.II.G.1.

<sup>a</sup> Porcentaje de la población económicamente activa de 10 años y más sobre el total de la población de 10 años y más.

residencia y el nivel de instrucción, además de otros factores relacionados con la demanda de fuerza de trabajo femenina. En consecuencia, el trabajo femenino tiene especificidades que es necesario subrayar.

Así, la evolución de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo entre 1960 y 1980/1985 tiene las siguientes características:

— Las tasas de actividad femeninas por edad aumentaron en el período 1960-1985 en todos los grupos de edad entre los 15 y los 64 años. Hubo mayor participación de los grupos de edad jóvenes (20-24 y 25-29 años) en todos los países de modernización avanzada, como la Argentina, Uruguay, Chile y Costa Rica, y también en los de modernización acelerada pero desequilibrada que han mostrado una dinámica económica relativamente fuerte, en especial el Brasil, Cuba, Panamá y, en menor medida, el Perú. La tendencia en países de modernización parcial e incipiente, como Paraguay y Guatemala, es más bien la cristalización de la misma estructura de participación por edad que había en 1960 (CEPAL, 1989a).

— En materia educativa, la masificación de la enseñanza media en todos los países ha constituido un cambio radical. En países de mayor modernización como Argentina, Chile y Panamá, prácticamente se ha universalizado la educación básica y se sigue extendiendo la enseñanza media, hecho que se aprecia en la magnitud de la población activa femenina con más de 10 años de estudios ya en 1960, cuya proporción aumentó hacia 1980. En Argentina, 69% de las mujeres activas tienen más de 7 años de instrucción; en Chile y en Panamá, respectivamente, 44.3% y 44.4% de las mujeres activas tienen más de 10 años de instrucción. Además de ser una forma de participación y de satisfacción del consumo simbólica del conjunto de la población, los cambios educativos han significado la capacitación acelerada de la mano de obra. Este fenómeno se advierte en forma notable ya que en América Latina la población femenina económicamente activa tiene mayor nivel de instrucción que la población femenina que no participa en el mercado de trabajo, y que la población masculina tanto activa como inactiva. Si bien la expansión educacional ha sido una de las claves de la mantención del ritmo de movilidad social hasta los años ochenta, ésta es más aparente que real. En efecto, con el aumento de los niveles educacionales de la pobla-

ción activa se ha producido también un proceso de devaluación de la educación, de modo que para optar a los mismos puestos de trabajo ahora se debe poseer un nivel de instrucción mucho mayor.

— En relación con la participación y el estado civil, no ha habido grandes cambios en el período de 1960 a 1980. En general, las tasas de participación de las mujeres solteras son mayores que las de las mujeres no solteras. En cuanto a las mujeres con un nivel de instrucción bajo, el estado civil influye de manera importante en su opción de trabajar; es decir, las tasas de participación de las mujeres solteras son altas en relación con las de las mujeres no solteras. A medida que aumenta el nivel de educación, el estado civil pierde importancia y su efecto desaparece en el caso de las mujeres que tienen estudios postsecundarios (cuadro 2). A mayor número de años de instrucción, más alta es la posibilidad de generar ingresos familiares y de tener acceso al mer-

Cuadro 2  
TASAS DE PARTICIPACION FEMENINA SEGUN  
ESTADO CIVIL Y EDUCACION, 1980  
(MUJERES DE 10 AÑOS Y MAS)

País	Total	Nivel de instrucción (años)			
		0-3	4-6	7-12	13 ó más
Argentina					
Solteras	43.3	30.2	46.7	40.3	56.2
No solteras	20.6	12.4	16.2	32.3	58.0
Brasil					
Solteras	33.8	23.2	35.3	57.6	75.1
No solteras	22.1	16.7	22.8	44.3	69.6
Chile					
Solteras	29.5	30.2	28.0	28.3	42.8
No solteras	22.2	14.8	18.2	26.3	54.8
Ecuador					
Solteras	21.7	22.1	19.7	17.7	48.7
No solteras	16.8	11.2	12.2	27.6	56.5
Panamá					
Solteras	34.9	22.4	40.9	28.8	63.0
No solteras	26.5	10.9	19.3	43.9	75.2
Uruguay <sup>a</sup>					
Solteras	30.9	21.5	28.6	34.6	58.8
No solteras	24.5	16.5	21.4	35.4	71.5

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), (1989 b): *Transformación ocupacional y crisis social en América Latina* (LC/G. 1558-P), Santiago de Chile (en prensa).

<sup>a</sup> 1975.

cado de bienes y servicios. En ese caso se puede emplear a otras mujeres para que realicen el trabajo doméstico y aumentar el número de bienes y servicios comprados en el mercado (lavanderías, guarderías infantiles, comida preparada, etc.). Esta forma de reemplazar el trabajo doméstico no significa delegar responsabilidades y, en algunos casos, el mejoramiento de la situación económica de la familia puede significar un aumento de las tareas domésticas.

En la participación de las mujeres en el mercado de trabajo se distinguen dos lógicas claras (CEPAL, 1985a). Por una parte, existe una *lógica de determinación*, que obliga a las mujeres de ingresos más bajos a trabajar, independientemente del ciclo de vida en que se encuentren, de la educación que tengan, y de los ingresos que puedan obtener. Estas mujeres son las que aparecen peor registradas en los censos de población porque su trabajo lo realizan sobre todo en el sector informal de la economía. Por otra parte, existe una *lógica de opción*, que se aplica en el caso de las mujeres de ingresos más altos, quienes se incorporan al trabajo remunerado no sólo en busca de un ingreso, sino también de una forma de realización personal. Este grupo, inserto en el sector formal de la economía urbana, es captado adecuadamente por los censos y es el grupo laboral femenino que ha aumentado en forma sostenida, sobre todo en los países de modernización avanzada.

Desde la perspectiva de la demanda del mercado de trabajo se pueden analizar tres aspectos cruciales: la estructura de las ocupaciones femeninas, el nivel de feminización y los cambios ocurridos durante el período estudiado. En lo relativo al primer aspecto, existe información censal<sup>1</sup> que muestra una gran segmentación del mercado por sexo. En el período comprendido entre 1960 y 1980, cualquiera fuera el grado de modernización de los países, la mayoría de las mujeres trabajaba en la rama de servicios. La información correspondiente a 1980 muestra que la población femenina incorporada al sector de servicios oscilaba entre 55% (en Panamá) y 38% (en Perú), con tasas de entre 45% y 54% en el resto de los países (cuadro 3). En el período

estudiado, la participación femenina disminuyó en la agricultura y en la industria manufacturera, con lo cual ha continuado el proceso de "terciarización". Sin embargo, en los países de modernización avanzada y acelerada se ha modificado la composición interna del sector de servicios; la ocupación femenina ha aumentado en el sector de los servicios sociales y ha disminuido en el sector de los servicios personales.

Al examinar el grado de feminización de determinadas ocupaciones (cuadro 4), se puede inferir lo siguiente:

— El mayor grado de feminización, es decir, el mayor porcentaje de mujeres en cada grupo ocupacional, se encuentra en el grupo de las trabajadoras de servicio doméstico y lavanderas, en el cual entre 89% y 99% de los ocupados son mujeres. Los hombres desempeñan estas labores en calidad de mozos de restaurantes, empleados de hoteles y otros, siendo muy pequeña la proporción de ellos que trabaja en casas particulares (quienes perciben ingresos considerablemente más altos que las mujeres).

— Otra categoría en que también se advierte cierta feminización es la de profesionales y técnicos. Hacia 1980 más de la mitad de éstos eran mujeres (excepto en el Ecuador), debido a que la mayoría de las actividades principales de este grupo —educación y salud— son ejercidas por mujeres.

— Otro sector ocupacional con una alta proporción de mujeres es el de las hilanderas, sastres y modistas, en que más de la mitad de las personas ocupadas son mujeres.

En el período de 1960 a 1980, la participación femenina por grupos ocupacionales no experimentó grandes cambios en cuanto a la proporción de mujeres en las distintas categorías. En general, esta proporción ha aumentado algo más en las ocupaciones de empleados de oficina y de vendedores, si bien hacia 1980 las mujeres aún eran minoría en esas categorías. En síntesis, el mercado de trabajo sigue estando muy segmentado puesto que las ocupaciones tradicionalmente definidas como femeninas no han cambiado y no se han abierto otras ocupaciones importantes en cuanto al número de mujeres que las ejercen.

Junto con la segmentación, la incorporación de las mujeres en la producción ha sido predominantemente bipolar. Un sector muy numeroso de mujeres labora en el estrato manual, casi ex-

<sup>1</sup>Se refiere a tabulados de muestras censales de 1960, 1970 y 1980, cuyo análisis más detallado se encuentra en CEPAL, 1989b.

Cuadro 3  
DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACION FEMENINA ECONOMICAMENTE ACTIVA  
POR RAMA DE ACTIVIDAD, 1980<sup>a</sup>

Rama de actividad	Argentina	Brasil	Costa Rica <sub>b</sub>	Chile <sub>b</sub>	Ecuador <sub>c</sub>	Guatemala <sub>d</sub>	Panamá	Paraguay <sub>c</sub>	Perú <sub>b</sub>	Vene- zuela <sub>b</sub>
Agricultura y caza	3.1	14.2	6.4	2.8	12.6	9.7	7.9	12.0	24.9	2.6
Minas y canteras	0.1	0.1	—	0.2	0.1	0.1	0.1	—	0.4	0.4
Industrias manufactureras	16.9	18.6	20.3	15.7	15.5	18.8	8.5	20.8	12.0	16.2
Construcción	0.3	0.5	0.4	0.1	0.3	0.2	0.9	0.1	0.1	0.6
Electricidad, gas y agua	0.8	0.5	0.3	0.4	0.8	0.6	1.0	0.2	0.3	1.1
Comercio	18.8	12.5	20.6	23.6	18.5	21.9	17.4	15.6	20.2	21.1
Transporte y almacenamiento	1.4	1.4	1.1	1.8	1.0	0.8	3.7	1.2	1.3	2.1
Finanzas	5.1	2.8	2.2	2.8	2.5	2.6	5.3	2.1	2.7	6.0
Servicios	53.4	49.4	48.7	52.6	48.7	45.3	55.2	48.0	38.1	49.9
Total: %	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
Miles	(2 772.7)	(11 660.0)	(197.1)	(1 035.7)	(479.4)	(245.2)	(149.7)	(209.2)	(1 272.9)	(1 230.0)

Fuente: CEPAL (1989b): *Transformación ocupacional y crisis social en América Latina* (LC/G.1558-P), Santiago de Chile (en prensa).

<sup>a</sup> Población económicamente activa de 10 años y más, excluidas las que buscan trabajo por primera vez. La clasificación de las ramas de actividad corresponde a la Clasificación Industrial Internacional Uniforme de todas las Actividades Económicas (CIIU).

<sup>b</sup> Datos provenientes de encuestas de hogares.

<sup>c</sup> 1981.

<sup>d</sup> 1982.

Cuadro 4  
FEMINIZACION DE LAS OCUPACIONES, 1980<sup>a</sup>

Ocupación	Argentina	Brasil	Chile <sup>b</sup>	Ecuador	Panamá	Uruguay
Profesionales y técnicos	51.9	56.0	53.7	42.5	54.3	57.4
Enfermeras y paramédicos	83.8	78.9	84.6	62.3	74.5	83.1
Profesoras y maestros	84.7	85.8	63.8	54.9	70.0	76.4
Directores, gerentes, administradores y propietarios	9.8	17.1	15.4	29.5	19.8	17.1
Empleados de oficina	41.4	44.9	41.4	45.4	64.4	35.2
Secretarias, telefonistas	c	c	c	66.4	81.7	c
Vendedoras, propietarias de comercio	27.8	34.0	38.4	30.0	34.6	27.0
Vendedores y dependientes	29.8	41.1	37.6	31.3	38.1	41.5
Trabajadores agrícolas	5.4	13.1	4.7	7.4	3.8	4.4
Artesanos, operarios fabriles, hilanderos, sastres y modistos	10.8 <sup>d</sup>	16.5 <sup>d</sup>	64.8	44.8	64.9	70.0
Otros obreros y jornaleros			12.5	13.7	12.4	6.1
Trabajadores de servicios personales	64.3	69.7	71.4	58.5	55.6	61.8
Empleadas domésticas, lavanderas	98.3	92.4	95.3	89.7	89.3	98.9
<i>Total</i>	<i>27.5</i>	<i>27.5</i>	<i>29.3</i>	<i>20.8</i>	<i>27.6</i>	<i>28.6</i>

**Fuente:** Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), *Transformación ocupacional y crisis social en América Latina* (L/C/G.1558-P), Santiago de Chile, 1989 (en prensa).

<sup>a</sup> Porcentaje de la población femenina económicamente activa respecto del total de la población económicamente activa en cada grupo ocupacional.

<sup>b</sup> Datos tomados de encuestas de hogares.

<sup>c</sup> La información disponible no permitió separar a las secretarias y telefonistas del resto de los empleados de oficina.

<sup>d</sup> La información disponible no permitió separar a las hilanderas, sastres y modistas de las artesanas y obreras.

clusivamente como empleadas domésticas, y otro grupo mayoritario en las ocupaciones no manuales, como es el caso de las profesionales, las oficinistas y las vendedoras.

Finalmente, la evolución de las posiciones ocupacionales de las mujeres en los 20 años estudiados se ha traducido en una incorporación mayoritaria al estrato no manual, ya que al empleo femenino cabe atribuir más de la mitad del aumento producido en este estrato. Aunque lo

anterior sugiere una tendencia al mejoramiento de la posición de las mujeres en las ocupaciones, los antecedentes de algunos países de la región indican que el aumento de la escolaridad de las mujeres y de su número en las ocupaciones no manuales no se ha traducido en una elevación del ingreso, ya que el empleo de éstas sigue siendo segmentado en ocupaciones consideradas femeninas, es decir, de menor prestigio y de remuneraciones más bajas.



## III

## El trabajo de la mujer en el ámbito doméstico

Hasta aquí se han examinado las ocupaciones que las mujeres desarrollan en el mercado laboral. Para comprender las formas que toma el trabajo fuera del hogar se debe examinar también el trabajo doméstico que las mujeres ejecutan en sus hogares. Las amas de casa sin empleo remunerado en la región constituyen, según el país, entre 30% y 50% de la población femenina mayor de 15 años. Así, según datos de encuestas de hogares, en 1985 del total de mujeres mayores de 15 años, las amas de casa representaban 32% en Bogotá, 44% en Caracas, 40% en Panamá, 48% en San José y 55% en São Paulo.

Resulta difícil definir el trabajo doméstico. En un nivel teórico general éste corresponde al "conjunto de actividades de mantenimiento requeridas para reproducir diariamente la fuerza de trabajo, lo cual comprende la transformación de bienes en valores de uso para el consumo" (Benería, 1984, p. 25). En todas las sociedades el trabajo doméstico se distingue del trabajo no doméstico y es considerado predominantemente trabajo de la mujer. Sin embargo, la definición en concreto de las formas que adquiere el trabajo doméstico es muy heterogénea y varía según la etapa del ciclo familiar, la clase social, las condiciones culturales, ecológicas y regionales, el grado de desarrollo y de modernización, y, en forma muy definitoria, de la conceptualización ideológica que la sociedad postule acerca del papel de la mujer como "madre-esposa-dueña de casa".

Hasta hace poco tiempo, no se habían efectuado estudios cuantitativos que midieran el trabajo doméstico realizado por las mujeres en América Latina.<sup>2</sup> Esta falta de preocupación obedece al hecho que el trabajo doméstico no remunerado efectuado por las mujeres, que es muy heterogéneo, no es considerado trabajo propia-

mente tal puesto que no se transa en el mercado y, por lo tanto, no se registra en las cuentas nacionales. Sin embargo, los cambios ideológicos en cuanto al papel de la mujer en la sociedad y la concepción de su trabajo a inicios de la década de 1970 empezaron a poner énfasis en la importancia del trabajo doméstico no remunerado en la reproducción de la población. Esta situación se vio reforzada por la crisis, circunstancia en que la importancia del trabajo doméstico se hizo más evidente, en especial entre los estratos populares. En éstos se debió suplir con trabajo doméstico femenino la disminución de bienes y servicios de su "canasta" básica (de Barbieri y de Oliveira, 1985). Así, la importancia del trabajo doméstico contribuye a explicar las tasas de participación relativamente bajas de las mujeres casadas, en particular de aquellas de los estratos bajos.

En un estudio pionero de la Organización Internacional del Trabajo (OIT, 1984) se señala que entre las mujeres de América Latina, el tiempo dedicado a las actividades domésticas es a menudo igual o mayor que el destinado a las actividades remuneradas en el mercado, de modo que una fracción elevada de las mujeres dueñas de casa están "sobreempleadas". En un estudio sobre Chile se calculó que las amas de casa trabajaban en promedio un total de 56.3 horas semanales, de las cuales 37.9 horas se destinan a tareas domésticas, descontando el trabajo fuera del hogar. Así, el ama de casa tenía una jornada de ocho horas diarias sin descanso dominical, en tanto que para la mujer que además trabajaba fuera del hogar, la jornada total era de 12 horas diarias (Pardo, 1983). En términos de valor, las mediciones efectuadas sugieren que el trabajo doméstico podría equivaler a proporciones que oscilan entre un tercio y la mitad del ingreso monetario de las familias. En el caso de los hogares pobres, esa significación es mayor ya que constituye un elemento esencial de la estrategia de supervivencia. En el mismo estudio sobre Chile se estimó que el aporte del trabajo doméstico de las mujeres al producto geográfico bruto llegaba a 30% y que sólo era superado por el producto del sector manufacturero. Dadas las carac-

<sup>2</sup>Para una discusión exhaustiva sobre las formas de medición del trabajo doméstico, véase Goldschmidt (1987). En ese artículo se examinan las imputaciones de valor al trabajo doméstico por trabajador sustituto, por salario para función equivalente en el mercado, por costo de oportunidad, y por salarios medios o mínimos en el mercado.

terísticas del trabajo doméstico, es posible suponer que en otros países el aporte de la mujer es igual o semejante.

Asimismo, en los estudios realizados por la OIT (1984) sobre Argentina, Bolivia, Chile, México, Perú, Venezuela y Uruguay se han confirmado algunas hipótesis importantes:

a) La incorporación de la mujer al mercado de trabajo no significa una disminución correlativa del trabajo en el hogar, es decir, las mujeres que trabajan cumplen, en realidad, dos jornadas de trabajo.

b) El aumento del ingreso familiar no ha significado menor cantidad de trabajo doméstico para la dueña de casa; lo que se ha modificado es su composición, por cuanto se han derivado a terceros las tareas más ingratas. En efecto, las

amas de casa siguen desarrollando las actividades domésticas, e incluso han incorporado algunas nuevas relacionadas con la mejor posición social.

c) Las amas de casa que cuentan con equipamiento técnico en el hogar dedican a los quehaceres domésticos casi tanto tiempo como el que le destinan las que viven en hogares sin ese equipamiento. La diferencia importante radica en la intensidad del esfuerzo personal realizado, pues el desarrollo tecnológico más bien ayuda a recrear el papel de reproductora de la mujer.

d) En relación con la crisis económica, si bien ha aumentado el trabajo doméstico, los hombres no han incrementado su contribución a éste. Así, aunque disminuyó el papel de proveedor principal del hombre, ello no significó aumentos correlativos en el trabajo doméstico.

## IV

### La crisis y sus repercusiones en el trabajo de la mujer

Desde los años cincuenta, y por tres décadas, los países latinoamericanos experimentaron, con ciertas fluctuaciones, un crecimiento sostenido de sus economías. Pero a contar de 1980, se inició una drástica disminución de ese dinamismo.<sup>3</sup>

Las repercusiones de la crisis y de las políticas de ajuste aplicadas se manifestaron en el mercado de trabajo en tres formas principales (Tokman, 1986a y 1986b): a) disminución del ritmo de crecimiento del empleo; b) modificación del tipo de empleo generado, con aumento de la informalidad y de la "terciarización", y c) disminución de los salarios reales.

#### 1. La crisis y el desempleo por sexo

El desempleo fue una de las consecuencias de la crisis que se manifestó de manera más drástica y rápida en el mercado de trabajo. Para el conjunto de la fuerza de trabajo, entre 1980 y 1985 el número de desocupados en la región creció en 48% (CEPAL, 1987).

A continuación se examina la forma cómo se expresó la crisis en el mercado laboral en las ciudades de Bogotá, Caracas, Panamá, San José y São Paulo. Se analizan los efectos de la crisis en hombres y mujeres en los años 1982 y 1985<sup>4</sup>.

En 1985 las tasas de desempleo en estas cinco ciudades latinoamericanas alcanzaban magnitudes de entre 5.2% (São Paulo) y 13.6% (Bogotá). Al hacer una comparación por sexo, se observa que las tasas de desempleo masculinas varían en un rango bastante menor que las femeninas: entre 5 y 10% las primeras y entre 6 y 19% las segundas. Así, en las distintas ciudades —con la excepción de Caracas— las tasas de desempleo de las mujeres son más altas que las de los hombres y las variaciones son mayores entre los países. Esto último puede deberse a las dificultades para medir el desempleo femenino, que en muchos casos queda oculto en la categoría denominada quehaceres del hogar (cuadro 5).

Históricamente, las tasas de desempleo fe-

<sup>3</sup>Para una información detallada sobre la crisis, véanse CEPAL, 1987; CEPAL, 1986a; CEPAL, 1986c, y CEPAL, 1985c.

<sup>4</sup>La información proviene de las respectivas encuestas de hogares. Se realizó un conjunto de tabulaciones especiales, cuyo detalle se puede encontrar en CEPAL, 1988.

Cuadro 5  
TASAS DE DESEMPLEO POR EDAD Y SEXO, 1985

Ciudad	Población 15 años y más	Población 15 a 19 años	Población 20 a 24 años
Bogotá	13.6	33.9	22.3
Hombres	10.1	32.3	17.8
Mujeres	18.6	35.6	27.2
Caracas	9.8	21.5	15.6
Hombres	10.5	23.8	16.1
Mujeres	8.6	16.7	14.8
Panamá	10.4	32.3	22.7
Hombres	9.4	30.6	19.9
Mujeres	12.2	34.7	27.7
San José	7.3	19.8	13.1
Hombres	6.8	18.5	11.7
Mujeres	8.2	21.8	15.3
São Paulo	5.2	13.7	7.2
Hombres	5.0	13.4	7.2
Mujeres	5.6	14.2	7.2

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), División de Desarrollo Social, tabulados especiales basados en las respectivas encuestas de hogares.

menino han sido mayores que las de desempleo masculino. Confirma esta aseveración la información reunida por el Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC, 1982) sobre seis países del área según la cual entre 1970 y 1980 en todos los países se daba tal situación. La diferencia más acentuada se encontraba en Panamá y la menos marcada en el Brasil.

Para explicar el mayor desempleo femenino es necesario tener presente que en América Latina las economías no son suficientemente dinámicas como para absorber la creciente mano de obra disponible. Además, existe exceso de oferta de mano obra femenina para el reducido número de ocupaciones a que las mujeres pueden optar, y ello se debe al alto grado de segmentación por sexo del mercado de trabajo. Por otra parte, se arguye que, como en la mayoría de los casos las mujeres no son jefes de hogar, pueden "permitirse" estar desempleadas porque no son el principal sostén económico del grupo familiar. Esta es la argumentación clásica de los empleadores para contratar menos mujeres o para remunerarlas con menores ingresos (Ribeiro y de Barbieri, 1978). Sin embargo, lo anterior contrasta en forma notable con el creciente número de mujeres jefas de hogar, que en los últimos años

han llegado a representar entre un quinto y un tercio —en el caso del Caribe— del total de los jefes de hogar (CEPAL, 1984 y Massiah, 1984).

La situación económica del Brasil escapa a la tendencia general registrada en los demás países. Hasta 1986, en ese país se había logrado resolver los desequilibrios externos con un costo recesivo menor en comparación con el resto de América Latina. Tal como se señaló en la sección precedente, antes de la crisis el Brasil experimentó grandes progresos en cuanto al crecimiento del producto interno bruto por habitante y a la creación de nuevos puestos de trabajo para hombres y mujeres. Sin embargo, a esos avances acompañaron también notorias desigualdades en la distribución del ingreso y en el acceso a los diferentes sectores del mercado laboral (CEPAL, 1986b y CEPAL 1986d). En informaciones recientes se ha señalado que el efecto de la crisis en los mercados de trabajo informal y formal no alcanzó a las tasas de participación de las mujeres. Por el contrario, éstas siguieron creciendo durante el período más crítico de la economía brasileña, lo que fue más notorio en el sector formal que en el informal (Spindel, 1987).

Entre 1982 y 1985, el desempleo femenino casi se quintuplicó en Bogotá, y en Caracas aumentó prácticamente al doble. En São Paulo aumentó algo, en tanto que disminuyó en Panamá y en San José. Las tasas de desempleo fueron más altas en el caso de las jóvenes entre 15 a 19 años, llegando a más de 30% en Bogotá y en Panamá (cuadros 5 y 6). En México, entre 1984 y 1987, el desempleo fue mayor en la población de entre 15 y 19 años, y entre los desempleados el porcentaje de los que buscaban trabajo por primera vez fue mayor en la población femenina que en la masculina (De Oliveira, 1987).

Al mismo tiempo que se incrementó la tasa de desocupación femenina en la mayoría de las ciudades, aumentaron los puestos de trabajo ocupados por mujeres, lo que se observa al examinar el comportamiento de la tasa de ocupación.<sup>5</sup> Esta tendencia puede apreciarse en tres de las cinco ciudades: Bogotá, Caracas y São Pau-

<sup>5</sup>La tasa de ocupación es la relación entre las personas efectivamente ocupadas y la población en edad de trabajar. Es decir, a diferencia de la tasa de actividad, la tasa de ocupación no incluye ni a los cesantes ni a los que buscan trabajo por primera vez, o sea, a los desocupados.

Cuadro 6  
TASAS DE OCUPACION Y DESOCUPACION FEMENINAS,  
1982 Y 1985

Ciudad	Tasas de ocupación		Tasas de desocupación	
	Total mujeres	Mujeres 15 a 24 años	Total mujeres	Mujeres 15 a 24 años
Bogotá				
1982	35.8	29.5	4.2	8.7
1985	39.9	33.0	18.6	30.0
Caracas				
1982	35.3	26.9	4.8	8.3
1985	37.2	27.5	8.6	15.3
Panamá				
1982	33.6	24.4	14.2	29.3
1985	33.8	21.4	12.2	30.3
San José				
1982	37.7	34.1	9.2	18.5
1985	32.4	29.4	8.2	17.5
São Paulo				
1982	35.4	49.5	4.7	7.5
1985	42.5	51.1	5.6	10.5

**Fuente:** CEPAL, División de Desarrollo Social, tabulados especiales basados en las respectivas encuestas de hogares.

lo. También se observa algo similar en el caso de Uruguay, país donde más mujeres se volcaron al mercado de trabajo y donde el proceso adquirió un carácter irreversible (Prates, 1987).

Al mismo tiempo que se han mantenido las tendencias históricas de incorporación de la mujer al mercado de trabajo, ha habido un aumento de la participación femenina frente a la caída de los ingresos familiares. Así, la participación femenina en el mercado de trabajo latinoamericano en la crisis de los años ochenta ha tenido un comportamiento opuesto al registrado en la crisis de los años treinta en los Estados Unidos, país donde las mujeres se retrajeron del mercado de trabajo para dar mayores oportunidades de empleo a la población masculina.

En América Latina, como consecuencia de la disminución del ingreso familiar en el período recesivo, otros miembros del hogar, especialmente las mujeres jóvenes, se han incorporado al mercado laboral formal e informal en busca de un trabajo remunerado para compensar esa caída (ICRW, 1986).

La explicación de esta diferencia de comportamiento no es clara; por una parte, se puede

plantear que la valorización del trabajo femenino ha cambiado, de modo que ahora las mujeres valoran más el trabajo fuera del hogar. Sin embargo, es probable que las mujeres de los sectores medios y altos se comporten de manera similar a las norteamericanas de los años treinta, es decir, que dentro de su lógica de opción, al bajar los salarios, se retiren del mercado de trabajo. Por su parte, las mujeres de los sectores populares, según la lógica de determinación, han debido trabajar fuera del hogar en todos los intersticios del mercado de trabajo formal y, en particular, en el informal.

De las situaciones planteadas se concluye que en el contexto de la crisis ha aumentado de manera considerable el nivel de desocupación, en especial de las mujeres y de los jóvenes, y ha disminuido la capacidad de absorción de la fuerza de trabajo. La diversidad de situaciones que muestran los países se debe a la forma distinta que ha adoptado la evolución de los ingresos, a la mayor o menor capacidad del sistema económico para generar nuevos puestos de trabajo, a las políticas de ajuste aplicadas y a los programas de inversión pública y social.

Puede sostenerse, entonces, que persisten las tendencias que se venían manifestando desde los años cincuenta hacia la ampliación del mercado de trabajo para las mujeres. Pero el gran aumento que anotaron las tasas de crecimiento de la fuerza laboral femenina en el período 1950-1985 no tuvo una contrapartida que asegurara su absorción como fuerza productiva, lo cual afectó especialmente a las jóvenes recién incorporadas al mercado de trabajo.

En lo referente a la inserción de las mujeres en los puestos de trabajo, la estructura de las ocupaciones femeninas sigue manteniéndose a pesar de la crisis, y en el corto plazo no es dable esperar cambios significativos en la segmentación del mercado de trabajo por sexo. En efecto, ésta no se ha visto demasiado afectada por los cambios propiamente económicos del período de la crisis; más bien, predomina la rigidez ideológica que define los puestos de trabajo como "femeninos" y "masculinos".

Para un análisis más profundo se plantea la necesidad de revisar el registro de las formas de participación de las mujeres en el sector informal. En muchas investigaciones de tipo cualitativo se ha mostrado que en épocas de crisis, las mujeres de los estratos más pobres se incorporan a la fuerza de trabajo pero no son captadas en forma adecuada ni por los censos de población ni por las encuestas de hogares (Raczynski y Serrano, 1985; CEPAL, 1984; y León y Arriagada, 1987).

## 2. La distribución de ingresos por sexo

La distribución de ingresos en América Latina ha sido siempre desigual, aunque con variaciones en función del grado de desarrollo del país y del modelo político y social predominante. Así, la concentración del ingreso en los tramos superiores ha reflejado el acceso diferenciado a la propiedad y al uso de bienes y servicios.

En América Latina no se han realizado estudios comparados recientes sobre la diferencia de ingresos entre hombres y mujeres. En los que se han hecho a nivel nacional, se muestra que los ingresos percibidos por las mujeres son inferiores a los obtenidos por los hombres, si bien la diferencia varía entre los países. En el caso de Chile, por ejemplo, entre 1960 y 1985 los ingresos medios femeninos no superaron 68% de los masculinos, una vez controlada la variable nivel

educativo. Esta relación no se ha modificado en el último cuarto de siglo (Leiva, 1987).

Si se analizan las diferencias de los ingresos medios por sexo y edad, se aprecia que en la población más joven esas diferencias son menores y que éstas se van acentuando a medida que aumenta la edad. Lo anterior lleva a concluir que las mujeres progresan menos que los hombres, con lo cual se profundiza la disparidad de ingresos entre ambos con la edad (AES, 1987).

También puede plantearse que, al tener mayor educación, las mujeres jóvenes que se incorporan al mercado laboral se ubican en niveles ocupacionales superiores, pero sólo un análisis diacrónico permitirá confirmar si mantienen sus posiciones en el tiempo.

En 1985, en las cinco metrópolis estudiadas la población femenina recibía entre 53 y 84% de los ingresos medios masculinos (São Paulo, 52.8%, Caracas, 60.8%; Bogotá, 66.3%; San José, 79.9%, y Panamá, 83.5%).

Cabría preguntarse si la diferencia de ingresos entre los hombres y las mujeres obedece a la falta de calificación de estas últimas. Sin embargo, en las cinco ciudades consideradas, el ingreso medio de los hombres y mujeres ocupados, con el mismo nivel de instrucción, presenta grandes diferencias y, en todos los casos, mientras mayor es el nivel de instrucción mayor es también la diferencia de ingresos, en desmedro de las mujeres. Así, entre los analfabetos la diferencia según el sexo es mucho menor, y en San José es ligeramente mayor el ingreso medio femenino. En el nivel universitario (más de 13 años de instrucción) las diferencias de ingresos son marcadamente mayores entre ambos sexos. El caso extremo se presenta en São Paulo, donde los ingresos medios masculinos equivalen al doble de los ingresos medios femeninos (cuadro 7).

Al analizar los índices de ingresos medios por ocupaciones de los hombres y las mujeres (cuadro 8), se observa que los ingresos masculinos son siempre mayores en las mismas ocupaciones. Nuevamente, cuando se pasa de las ocupaciones manuales a las no manuales las disparidades de ingreso se incrementan, observándose las mayores diferencias entre los ingresos medios masculinos y femeninos en los profesionales y en los gerentes, administradores y directores. Ya sea se trate de hombres o de mujeres, estas ocupaciones son las mejor remuneradas.

Cuadro 7  
INDICES DE INGRESO MEDIO DE LA POBLACION ACTIVA POR SEXO  
Y NIVEL DE INSTRUCCION, 1985<sup>a</sup>

Nivel de instrucción	Ciudad		Bogotá		Caracas		Panamá		San José		São Paulo <sup>b</sup>	
	H <sup>c</sup>	M <sup>d</sup>	H	M	H	M	H	M	H	M	H	M
Sin instrucción	61	42	53	40	...	...	70	76	50	23		
Primaria												
0 a 6 años	69	52	76	46	63	42	77	52	78	37		
Secundaria									84	44		
7 a 12 años	93	70	104	65	99	83	104	82	142	77		
Universitaria												
13 años y más	263	152	221	134	251	157	175	140	335	150		
Total	115	76	116	71	106	88	107	85	117	62		
Ingresos medios de la población	100		100		100		100		100			

**Fuente:** CEPAL, División de Desarrollo Social, tabulados especiales basados en las respectivas encuestas de hogares.

<sup>a</sup> Se consideró como base del índice (=100) el ingreso medio del total de la población.

<sup>b</sup> Los niveles de instrucción de São Paulo son: sin instrucción; 1 a 4 años; 5 a 8 años; 9 a 11 años, y 12 años y más.

<sup>c</sup> H: hombres.

<sup>d</sup> M: mujeres.

Cuadro 8  
INDICES DE INGRESO MEDIO DE LA POBLACION ACTIVA POR SEXO Y OCUPACION, 1985<sup>a</sup>

Ocupación	Ciudad		Bogotá		Caracas		Panamá		San José		São Paulo	
	H <sup>b</sup>	M <sup>c</sup>	H	M	H	M	H	M	H	M	H	M
Profesionales	313	193	240	154	317	180	200	175	340	142		
Técnicos y afines	197	154	138	71	164	118	167	125	168	72		
Directores y gerentes, administradores públicos	540	373	205	175	195	158	234	124	347	191		
Secretarios y cajeros	105	85	77	70	91	101	98	50	95	102		
Empleados de comercio	89	43	102	76	110	76	93	69	114	52		
Comerciantes por cuenta propia	163	78	118	49	67	51	116	79	149	69		
Obreros calificados y semicalificados	75	49	89	60	88	67	81	73	86	93		
Obreros no calificados	61	51	75	46	69	65	75	63	40	33		
Empleados domésticos	58	54	48	40	60	33	80	46	28	20		
Total	116	74	116	70	106	88	107	85	117	62		
Ingresos medios de la población	100		100		100		100		100			

**Fuente:** CEPAL, División de Desarrollo Social, tabulados especiales basados en las respectivas encuestas de hogares.

<sup>a</sup> Se consideró como base del índice (=100) el ingreso medio del total de la población.

<sup>b</sup> H: hombres.

<sup>c</sup> M: mujeres.

Cuadro 9  
INDICES DE INGRESOS MEDIOS POR JEFATURA DEL HOGAR Y SEXO, 1985<sup>a</sup>

Ciudad	Total de la población			Jefes de hogar		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
Bogotá	100	116	74	134	140	95
Caracas	100	116	70	133	140	81
Panamá	100	106	88	118	123	95
San José	100	107	85	119	127	84
São Paulo	100	117	62	135	141	80

**Fuente:** CEPAL, División de Desarrollo Social, tabulados especiales basados en las respectivas encuestas de hogares.

<sup>a</sup> Se consideró como base del índice (=100) el ingreso medio del total de la población.

Los jefes de hogar, sean hombres o mujeres, tienen niveles de ingreso muy superiores a los hombres y mujeres del total de la población. Sin embargo, la diferencia entre los jefes de hogar de uno y otro sexo es mucho mayor que la que existe entre los hombres y mujeres en el conjunto de la población (cuadro 9). Este patrón se repite en todos los países y en magnitudes similares, lo que plantea la necesidad de reflexionar sobre este grupo de mujeres jefas de hogar cuyas condiciones de vida están entre las más deterioradas de la región.

La mayor disparidad entre los ingresos femeninos y masculinos, tanto en el total de la población como entre los jefes de hogar, se observa en São Paulo. Esta ciudad ha registrado uno de los aumentos más espectaculares de la participación femenina en los últimos años. Sin embargo, ello ha sido posible al precio de que las mujeres han debido aceptar salarios mucho más bajos que los de los hombres. En este caso, al igual que en el Uruguay, la ocupación femenina corresponde a una "reserva de trabajo estancada" integrada por trabajadores activos pero con ocupación irregular cuyos niveles de remuneración descienden por debajo del nivel normal de la clase obrera (Prates, 1987).

Entre 1982 y 1985, los ingresos medios relativos de las mujeres disminuyeron en Bogotá y Caracas, en Panamá se mantuvieron y sólo crecieron en San José de Costa Rica, país donde hubo una fuerte disminución de la ocupación, es decir, un proceso opuesto al de São Paulo. En relación con los niveles de instrucción, las muje-

res que vieron disminuir más su ingreso medio fueron las que poseían niveles de instrucción intermedios, es decir, entre 7 a 12 años de educación. Durante el período, los ingresos medios femeninos de quienes tenían niveles de instrucción más altos y más bajos tendieron a acercarse, de modo que el diferencial de ingresos por concepto de instrucción fue mucho menor en 1985 (cuadro 10). Se produjo, pues, una baja de los salarios medios femeninos; en otras palabras, la igualación se hizo hacia niveles más bajos de ingresos.

En lo que respecta a las ocupaciones, las mujeres que perdieron más ingresos en ese período fueron las oficinistas—lo cual coincide con lo registrado acerca de los niveles de instrucción intermedios— y las vendedoras por cuenta propia. Los ingresos medios de las profesionales sólo bajaron en Caracas. En el resto de las ciudades se mantuvieron e incluso aumentaron (cuadro 11). Si se comparan los ingresos medios de las ocupaciones de menor y mayor remuneración, se puede apreciar que en Bogotá aumentó la concentración del ingreso por ocupaciones, ampliándose la diferencia entre ambos extremos. En Caracas y San José, en cambio, la diferencia entre esos salarios disminuyó y en Panamá se mantuvo.

Un primer análisis de lo ocurrido con la crisis muestra un aumento de la desigualdad de ingresos entre los trabajadores hombres y mujeres. Entre las mujeres se ha producido una disminución general de los salarios, pero especialmente en los niveles intermedios, que ha dado lugar a

Cuadro 10  
INDICES DE INGRESOS MEDIOS DE LA POBLACION ACTIVA  
FEMENINA POR NIVEL DE INSTRUCCION, 1982 Y 1985<sup>a</sup>

Instrucción	Bogotá		Caracas		Panamá		San José	
	1982	1985	1982	1985	1982	1985	1982	1985
Sin instrucción	50	42	46	40	28	...	29	76
1 a 6 años	63	52	53	46	41	42	46	52
7 a 12 años	117	70	81	65	84	83	73	82
13 años y más	161	152	146	134	148	157	137	140
Total	98	74	77	71	86	88	72	85
Ingresos medios de la población	100		100		100		100	

**Fuente:** CEPAL, División de Desarrollo Social, tabulados especiales basados en las respectivas encuestas de hogares.

<sup>a</sup> Se consideró como base del índice (=100) el ingreso medio del total de la población.

Cuadro 11  
INDICES DE INGRESOS MEDIOS FEMENINOS PARA ALGUNAS OCUPACIONES,  
1982 Y 1985<sup>a</sup>

Ocupación	Bogotá		Caracas		Panamá		San José	
	1982	1985	1982	1985	1982	1985	1982	1985
Profesionales	173	193	181	154	173	180	163	175
Técnicos y afines	163	154	79	71	95	118	123	125
Directoras, gerentas y administradoras	179	373	197	175	184	158	159	124
Oficinistas	130	85	74	70	100	101	88	50
Vendedoras	92	43	81	76	74	76	53	69
Vendedoras por cuenta propia	80	78	61	49	50	51	102	79
Empleadas domésticas	37	54	42	40	36	33	25	46
Total	98	74	75	70	85	88	72	85
Ingresos medios de la población	100		100		100		100	

**Fuente:** CEPAL, División de Desarrollo Social, tabulados especiales basados en las respectivas encuestas de hogares.

<sup>a</sup> Se consideró como base del índice (=100) el ingreso medio del total de la población.

una menor concentración de los ingresos, de modo que las diferencias debidas a los distintos niveles de instrucción y a los diversos tipos de ocupación han tendido a disminuir.

En suma, la crisis se ha hecho sentir con bastante rigor en el mercado de trabajo y ha

afectado a todos los trabajadores, pero en forma particularmente negativa a las mujeres. Esta situación trae consecuencias para las políticas sociales específicas en el segmento femenino, así como para las jefas de hogar y las mujeres jóvenes que han sido las más afectadas.



## V

## Repercusiones de la crisis en las familias de los sectores populares<sup>6</sup>

Hasta el momento se han analizado los efectos de la crisis en el segmento remunerado de las mujeres trabajadoras. Sin embargo, queda sin considerar un grupo muy importante de mujeres, que trabajan en el hogar, de las cuales no hay registros cuantitativos. Por lo tanto, a continuación se presentan los resultados de algunos estudios de carácter principalmente cualitativo, que muestran lo ocurrido en el ámbito doméstico de los sectores populares.

Como ya se señaló, la crisis afectó de manera especial a las mujeres. Las amas de casa de los sectores populares vieron agravada su precaria situación. Esto se reflejó especialmente en la dificultad para encontrar empleo remunerado y en las altas tasas de cesantía que afectaron a mujeres y hombres de los sectores populares. Simultáneamente, la crisis se dejó sentir en la vida familiar, en las tareas domésticas cotidianas, y en la carga de trabajo doméstico que tuvieron que asumir las mujeres.

Algunos datos sobre la región indican que en ciertos países han aumentado las familias extensas, de manera que en una sola vivienda coexisten más de un grupo familiar. En la mayoría de los casos se trata de los hijos que han constituido sus propias familias pero que no han logrado independizarse. Hay también parientes más lejanos o no parientes que han levantado construcciones precarias en los mismos sitios y con quienes se comparte el agua, la electricidad y, en algunos casos, los alimentos. Este fenómeno de las "familias allegadas" comprende a las allegadas de sitio, de vivienda y de sitio, y a las allegadas totales, es decir, las familias que dependen por completo de las familias que las acogen. Tanto en Chile como en el Brasil este proceso de crecimiento de las familias allegadas ha sido descrito ampliamente.

También se ha mostrado que durante el período de crisis el número de trabajadores o de personal activo por familia ha aumentado, en particular en los sectores populares donde en muchos casos se incorpora a los hijos menores a

diversas actividades informales y de autoempleo. Este cambio en la estructura familiar ha significado una mayor carga de trabajo para las mujeres, desde dos perspectivas: han disminuido los recursos para la reproducción y ha aumentado el número de personas que hay que mantener.

En algunos estudios se ha señalado que la cesantía prolongada da origen a diversas estrategias de vida familiar, que difieren entre los hombres y las mujeres. La estrategia masculina se centra en un primer momento en la búsqueda de trabajos relacionados con su propio oficio o con alguna actividad anterior, por intermedio de amigos y ex compañeros de trabajo. En una segunda etapa, la búsqueda se hace extensiva a cualquier tipo de trabajo, lo que significa el autoempleo o, en otros casos, la realización de actividades esporádicas y de bajos ingresos que por lo general terminan engrosando el sector informal de la economía. Con frecuencia, esta permanente frustración en períodos prolongados de cesantía induce al consumo excesivo de alcohol, lo que provoca dificultades familiares, conflictos y violencia familiar.

En lo referente a la mujer, las estrategias son de variada índole. Junto con el hombre inicia la búsqueda de ingresos en actividades de tiempo parcial, irregulares, inestables y de salarios muy reducidos, y que en buena parte son una extensión de su papel doméstico: costuras, lavados, servicio doméstico remunerado y por horas, venta de comida, etc. Otra alternativa, de distinta naturaleza, es participar en grupos de mujeres que se unen para enfrentar juntas el mismo tipo de problemas de subsistencia, ya sea para generar ingresos o para abastecerse en conjunto de los bienes necesarios para la subsistencia del grupo familiar. Lo novedoso de este tipo de respuesta es que las mujeres enfrentan de manera colectiva y no individual el problema de la subsistencia. Si-

<sup>6</sup>Esta sección se basa en los siguientes trabajos: Jelin y Gogna, 1987; De Oliveira, Zuleica, 1987; Raczyński y Serrano, 1985, y Hardy, 1985.

multáneamente con proporcionar una visión más "social" del problema, aumentan los espacios de participación femenina y de autovaloración, ya que se convierte en trabajo considerado como tal lo que usualmente fue un ejercicio doméstico.

Las etapas por las que se pasa en la organización doméstica son diversas e inciden directamente en el aumento de la carga de trabajo de la mujer.<sup>7</sup> En una primera instancia, se dejan de pagar las cuentas, es decir, los pagos hipotecarios de la propiedad, si los hay, las cuentas de gas y de electricidad, y, en último lugar, de agua. Ello significa que las mujeres deben cocinar con leña—lo que en muchos casos supone recolectarla—, salir a buscar agua a pilones públicos distantes del hogar, etc. En segundo término, se venden los bienes: el refrigerador, la cocina, la vajilla, la ropa, los materiales para arreglar la casa, y otros. Todas estas ventas agregan un peso adicional a las mujeres pues las privan de elementos esenciales para ejecutar las actividades domésticas. Por último, no se reponen los elementos que se deterioran, como el vestuario, el calzado y el equipa-

miento de la casa. Tampoco se cuenta con el dinero mínimo necesario para locomoción para salir a buscar trabajo, pues todo el dinero que logra reunirse se destina a la alimentación. Asimismo, no sólo cambia el lugar donde se compra, sino los montos y la cantidad de lo que se compra, produciéndose así un sobredimensionamiento de la actividad doméstica. Tampoco se puede planificar el futuro. "El 'inmediatismo' y la solución de pequeñas crisis permanentes se convierte en el estilo de vida de los sectores populares" (Jelin y Gogna, 1987, p. 9).

Este aumento de la actividad doméstica por el exceso de trabajo derivado de la crisis, sumado a la sensación de la mujer de no estar cumpliendo en forma adecuada con la función reproductora que la sociedad le ha asignado, suele provocar en muchas dueñas de casa depresiones y cuadros sicosomáticos graves.

Queda planteada la duda de cuál sería la magnitud real de la crisis si las mujeres no supliesen con un alto costo personal y de trabajo gran parte de las carencias provocadas por ésta.

## VI

### Síntesis

De los datos estadísticos y cualitativos aportados se puede concluir que las repercusiones de la crisis se han dejado sentir de manera distinta entre los trabajadores de uno y otro sexo. Al producirse reducciones drásticas en los ingresos del hogar, a diferencia de los hombres, las mujeres han aumentado su ritmo de incorporación a los mercados de trabajo formal e informal. De esta forma, las tasas de participación siguen creciendo, si bien su composición interna varía ya que la ocupación crece a un ritmo menor y el desempleo aumenta significativamente, en especial en el grupo de 15 a 19 años.

La segmentación del mercado de trabajo por sexo no ha experimentado grandes variaciones

atribuibles a la crisis. Ha aumentado el sector informal, aunque el registro que de él hacen las encuestas de hogares no es exhaustivo. El trabajo doméstico remunerado, que venía disminuyendo entre 1970 y 1980 aumentó en el período 1982-1985. De esta forma, la estructura de las ocupaciones consideradas "femeninas" sigue manteniéndose pese a la crisis y no es dable esperar grandes cambios en la segmentación del mercado de trabajo por sexo en el corto plazo.

Por último, en lo relativo a la distribución de los ingresos por sexo, se puede concluir que en este ámbito se aprecian más claramente las disparidades entre trabajadores de uno y otro sexo. Esta situación de desigualdad se ha visto acentuada por la crisis, al punto que los ingresos medios femeninos en algunos casos llegan a representar la mitad de los salarios medios masculinos. Esta discrepancia se hace mayor cuando se consideran los jefes de hogar. Al examinar los datos por

<sup>7</sup>La mayoría de los estudios cualitativos han sido realizados en países de modernización avanzada (Argentina, Chile, Uruguay y también en el Brasil).

grado de instrucción y tipo de ocupación puede apreciarse que los ingresos medios que se redujeron más fueron los de las mujeres con ocupaciones no manuales de nivel bajo, es decir, las vendedoras por cuenta propia, oficinistas y otras, que corresponden a los grupos con niveles de instrucción intermedios, o sea, de 7 a 12 años de educación.

Asimismo, el proceso de mantención y reproducción de la fuerza de trabajo a cargo de las mujeres, especialmente en los sectores populares, se hace cada vez más difícil. De esta forma, las mujeres de esos sectores deben extender e intensificar su jornada de trabajo para suplir la disminución de bienes y servicios provocada por la crisis.

### Bibliografía

- Agrupación de Economistas Socialistas (AES)/Grupo de Economía Feminista (1987): *El trabajo tiene sexo*, Santiago de Chile, mimeo.
- Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (1987): *Progreso económico y social en América Latina. Informe 1987*, Washington, D.C.
- Benería, Lourdes (1984): *Reproducción, producción y división sexual del trabajo*, Santo Domingo, CIPAF, Colección Teoría.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (1989a): *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe (LC/G.1550-P)*, Edición 1988, Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: E/S.89.II.G.1.
- (1989 b): *Transformación ocupacional y crisis social en América Latina (LC/G.1558-P)*, Santiago de Chile (en prensa).
- (1988): *Mujer, trabajo y crisis (LC/L.458 (CRM4/6))*, Santiago de Chile.
- (1987): *La crisis del desarrollo social: retos y posibilidades (LC/L.413)*, Santiago de Chile.
- (1986 a): *Transición estructural, movilidad ocupacional y crisis social en América Latina, 1960-1983 (LC/R.547)*, Santiago de Chile.
- (1986 b): *América Latina: las mujeres y los cambios socio-ocupacionales 1960-1980 (LC/R.504)*, Santiago de Chile.
- (1986 c): *Crisis económica y políticas de ajuste, estabilización y crecimiento*, serie Cuadernos de la CEPAL, N° 54 (LC/G.1408/Rev. 2), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.86.II.G.12.
- (1986 d): *La transformación socio-ocupacional del Brasil 1960-1980, y la crisis social de los '80 (LC/R.518)*, Santiago de Chile.
- (1985 a): *Las mujeres latinoamericanas en los ochenta (LC/R.412)*, Santiago de Chile.
- (1985 b): *Análisis estadístico de la situación de la mujer en países de América Latina a través de encuestas de hogares (LC/R.418/Sem.24/2)*, Santiago de Chile.
- (1985 c): *Crisis y desarrollo: presente y futuro de América Latina y el Caribe (LC/L.332 (Sem.22/3))*, vol. II, Santiago de Chile.
- (1984): *La mujer en el sector popular urbano. América Latina y el Caribe (LC/G.1326)*, Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.84.II.G.14.
- Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) (1987): *América Latina: indicadores demográficos sociales y económicos de la población femenina, Boletín demográfico*, año 20, N° 39 (LC/DEM/G.52), Santiago de Chile.
- De Barbieri, Teresita y Orlandina de Oliveira (1985): *Presencia de las mujeres de América Latina en una década de crisis*, Santo Domingo, CIPAF, Colección Teoría.
- De Oliveira, Orlandina (1987): *Empleo femenino en México en tiempos de expansión y recesión económica: tendencias recientes*, México, D.F., El Colegio de México.
- De Oliveira, Zuleica (1987): *A crise e os arranjos familiares de trabalho urbano*, estudio presentado en la reunión de MUDAR- "Mujeres por un Desarrollo Alternativo" celebrada en Bolivia.
- Eldhom F., O. Harris y K. Young (1977): Conceptualizing women in *Critique of Anthropology*, vol. 3, N° 9 y 10, Londres.
- Faletto, Enzo y Germán Rama (1984): Cambio social en América Latina, *Pensamiento iberoamericano*, N° 6, Madrid.
- García, Norberto y Víctor Tokman (1984): Transformación ocupacional y crisis, *Revista de la CEPAL*, N° 24 (LC/G.1324), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.84.II.G.5.
- Goldschmidt, Luisella (1987): Trabajo no remunerado en el hogar: métodos de evaluación económica, *Medición de las actividades económicas de la mujer*, Richard Anker y Catherine Hein (comps.), Ginebra, Oficina Internacional del Trabajo (OIT).
- Hardy, Clarisa (1985): *Estrategias organizadas de subsistencia: los sectores populares frente a sus necesidades en Chile (LC/R.480 (Sem.30/6))*, Santiago de Chile, ponencia presentada al "Seminario inter americano sobre a pequena produção urbana", realizado en Recife, Brasil, entre el 2 y el 6 de diciembre de 1985.
- International Centre of Research on Women (ICRW) (1986): *Weathering Economic Crises: Women's Responses to the Recession in Latin America and the Caribbean*, propuesta presentada a la Fundación Ford, Washington, D.C., mimeo.
- Jelin, Elizabeth y Mónica Gogna (1987): *Los pobres: familia y vida cotidiana*, ponencia presentada en la XIV Asamblea General del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), celebrada de Recife, Brasil, en noviembre de 1987, mimeo.
- Leiva, Alicia (1987): Las desigualdades en el trabajo de hombres y mujeres, *Coyuntura económica*, N° 14, Santiago de Chile, Programa de Economía del Trabajo (PET), Academia de Humanismo Cristiano.
- León, Arturo e Irma Arriagada (1987): *Las mujeres en el sector informal de la economía: aspectos metodológicos (LC/R.562)*, Santiago de Chile, CEPAL.

- Massiah, Joycelin (1984): *La mujer como jefe de familia en el Caribe: estructura familiar y condición social de la mujer*, París, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).
- Oficina Internacional del Trabajo (OIT) (1986): *Población económicamente activa. Estimaciones: 1950-1985. Proyecciones: 1985-2025*, vol. III. París.
- Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia y la Cultura (UNESCO) (1987): *Anuario estadístico*, París.
- \_\_\_\_\_ (1985): *Anuario estadístico*, París.
- \_\_\_\_\_ (1980): *Statistical Yearbook*, París.
- Organización Internacional del Trabajo (OIT) (1984): *Mujeres en sus casas: estudios sobre el trabajo no remunerado en el hogar*, Lima, Oficina Regional para América Latina y el Caribe.
- Pardo, Lucía (1983): La dueña de casa y su aporte al PGB, *Revista de economía*, N° 15, Santiago de Chile, Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, Universidad de Chile.
- Prates, Suzana (1987): *Participación laboral femenina en un proceso de crisis*, Montevideo, Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU).
- Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC) (1982): *El mercado de trabajo en cifras: 1950-1980*, Santiago de Chile.
- Raczynski, Dagmar y Claudia Serrano (1985): *Vivir la pobreza: testimonios de mujeres*, Santiago de Chile, Programa de Investigaciones Sociales sobre Población en América Latina (PISPAL)/Corporación de Investigaciones Económicas para Latinoamérica (CIEPLAN).
- Rama, Germán (1984): *La evolución social en América Latina (1950-1980): transición y cambio estructural*, estudio presentado al seminario "Alternativas de desarrollo en América Latina", realizado en Colombia.
- Recchini de Lattes, Zulma (1983): *Dinámica de la fuerza de trabajo femenina en la Argentina*, París, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).
- Reicher Madeira, Felicia (1986): Los jóvenes en el Brasil: antiguos supuestos y nuevos derroteros, *Revista de la CEPAL* N° 29 (LC/G.1427), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas.
- \_\_\_\_\_ (1978): El trabajo de la mujer en Fortaleza, *Demografía y economía*, vol. XII, N° 1 (34), México, D.F., El Colegio de México.
- Ribeiro, Lucía y Teresita de Barbieri (1978): La mujer obrera chilena: una aproximación a su estudio, *Chile: mujer y sociedad*, Paz Covarrubias y Rolando Franco (comps.), Santiago de Chile, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).
- Spindel, Cheywa (1987): *A mulher frente a crise econômica dos anos 80. Algumas reflexões com base em estatísticas oficiais*, São Paulo, Instituto de Estudos Económicos, Sociais e Políticos de São Paulo (IDESP)/PUC-SP, N° 18.
- Tokman, Víctor (1986 a): Crisis, ajuste económico y costo social, *El trimestre económico*, vol. 53(1), N° 209, México, D.F.
- \_\_\_\_\_ (1986 b): Ajuste y empleo en América Latina: los desafíos del presente, *Revista internacional del trabajo*, vol. 105, N° 3, Ginebra, Oficina Internacional del Trabajo (OIT).
- Wainerman, Catalina y Zulma Recchini (1981): *El trabajo femenino en el banquillo de los acusados. La medición censal en América Latina*, México 12, D.F., The Population Council (Oficina Regional para América Latina y el Caribe y Editorial Terra Nova, S.A.).